LAS CRUCES SOBRE EL AGUA

 Es el título de una novela publicada el año 1946, sobre un triste episodio de la vida nacional; “la culminación y detonante argumental es la masacre de obreros del 15 de noviembre de 1922”. Su autor, Joaquín Gallegos Lara (1909 – 1947), se ubica entre los iniciadores del realismo social urbano, una bifurcación de la típica novela indigenista del Ecuador, basada en la antigua institución de la hacienda. Según la tradición socialista del Ecuador, porque debemos utilizar ese estereotipo de copia y calco entre militantes y advenedizos para entender la citada novela o narración novelada; la referida “masacre” se considera una gesta heroica incuestionable del proletariado nacional (pese a que muchos de sus protagonistas eran en realidad artesanos). Es menester aclarar que según la terminología marxista la denominación de proletario se refiere a los obreros de las fábricas o industrias que en esa época no existían en dicha ciudad. En cualquier caso, este hecho fue el clímax de una serie de disturbios y saqueos liderados por algunos huelguistas, cuando el Gobierno de José Luis Tamayo, en aras de la paz ciudadana, ordenó la intervención militar. Gallegos, que a la sazón tenía 13 años de edad, fue, hasta cierto punto, testigo presencial de tales acontecimientos; se entiende que habría participado de los corrillos y comentarios típicos en esas circunstancias; más tarde, siguiendo la moda, se convirtió en militante comunista y utilizó su pluma como arma de agitación política, asunto aprovechado a conveniencia de sus beneficiarios. El primer aspecto que debemos tener en cuenta es que se trata de una novela y que la expresión “miles de muertos” no se compadece con la realidad poblacional ni industrial de Guayaquil en el año 1922, conforme vamos a demostrar adelante; también debemos considerar que si el autor hubiese escrito “cien muertos” no habría tenido el impacto que tuvo; es que el meollo de esta novela, en forma independiente de su calidad literaria – hay que decirlo - es precisamente la expresión indefinida: “miles de muertos”. Aunque la validez de tal cantidad ha sido cuestionada en función de argumentos tan contundentes como las proporciones matemáticas, sigue siendo utilizada incluso por periodistas que deberían optar por el pensamiento crítico como parte trascendente de su mensaje y así superar la costumbre inveterada de repetir de memoria o hablar por boca de ganso que tanto daño ha causado al desarrollo educacional, científico y social de este país.

 Empecemos con una pregunta de rigor: ¿cuántos habitantes tendría Guayaquil, el año 1922? Y utilizamos el condicional porque no había cifras oficiales acerca de su población; también debemos recordar que el año 1918 llegó la gripe española a Ecuador y los primeros contagios se registraron en esa ciudad por las mismas razones actuales, aunque su efecto más bien fue pequeño en comparación con otras regiones; pues, como se sabe, dicha peste causó entre treinta y cincuenta millones de muertos en todo el mundo. El doctor Víctor González, en su libro “Guayaquil entre 1740 y 1919” retrata la ciudad que por esos años fue el “centro clave de la distribución de la fiebre amarilla en Sudamérica” Esta enfermedad, también conocida como peste bubónica o vómito negro, mataba en menos de diez días. El científico Noguchi arribó a Guayaquil el 15 de julio de 1918… La foto histórica de su llegada apareció en la revista “Patria”; este personaje fue el quinto y último integrante de la Misión Rockefeller que vino desde los EE.UU. ¿Cómo se describe a Guayaquil? “Era el puerto de lagunas y lodazales perennes, de casas unidas por puentecillos enclenques sobre aguas pestilentes. No tenía canalización y pocas eran las calles pavimentadas”. Pero lo que nos interesa es lo siguiente: “En sus picos más altos, la fiebre atacó al comercio de Guayaquil. Las rentas aduaneras cayeron de 60.000 a 12.000 pesos por mes y miles emigraron”. La peste bubónica se presentó en 1907, 1913, 1918 y el último brote en 1930, cuando fue erradicada oficialmente. Sin embargo, consideramos imprescindible señalar que entre 1842 y 1843 esta epidemia causó entre 2.073 y 2.444 muertos en Guayaquil, cuya población se estimaba entre 13.000 y 20.000 habitantes; utilizamos dos fuentes de información, siendo la primera más creíble; en todo caso vale mencionar que Rocafuerte – el más conspicuo personaje que ha dado el Ecuador - era gobernador en ese entonces y su protagonismo en esos sombríos meses fue ejemplar.

 De acuerdo con lo expuesto, se podría inferir que la población de Guayaquil en el año 1922 estaba diezmada, pero no solo eso, el año 1896 ocurrió el Gran Incendio de Guayaquil que causó muchas bajas en la población y que obligó a la reconstrucción de la ciudad a trancas y barrancas. Ahora bien, vayamos al primer censo poblacional del año 1950 que determinó la cantidad de 3.202.757 habitantes en el Ecuador, un 40% en la Costa y un 57% en la Sierra, distribución muy diferente de la actual. En el segundo censo de 1962, la población de la Sierra seguía siendo mayor que la costeña y recién se igualan en el tercer censo de los años setenta. Ahora bien, entre los años 1778 y 1781, el presidente de la Real Audiencia de Quito, José de Villalengua, dispuso un empadronamiento que tuvo los resultados siguientes: 65% en la Sierra Central Norte, 28% en la Sierra Central Sur y 8% en la Gobernación de Guayaquil. En el año 1809 en el actual territorio del Ecuador se estimaba que habitaban medio millón de personas. Hay otros datos sobre Guayaquil: en el período de 1882 a 1906 pasaron de 2.303 unidades de vivienda a 3.444, y de 1905 a 1918 la población creció apenas al 0,7%, asunto que coincide con los datos sobre las epidemias, y hablamos en plural porque además de la bubónica habían esporádicos brotes de sarampión y viruelas; recordamos que el paludismo era endémico, y es precisamente esta situación de insalubridad pública la que obligaba a esa mayoritaria distribución demográfica en la Sierra. También cabe recordar que las obras de alcantarillado o canalización de aguas servidas se iniciaron al finalizar los años veinte, asunto que al menos en parte explicaría la erradicación de la bubónica el año 1930. En términos generales, debemos recordar que las tasas de mortalidad infantiles eran muy altas y mantenían un cierto equilibrio poblacional.

 En relación con la bibliografía, consideramos oportuno referirnos a un par de documentos: “Visión histórica de la antinomia salud-enfermedad. Enfermedades en Quito y Guayaquil siglos XIX Y XX” de Germán Rodas Cháves; aquí indica que “murieron decenas de trabajadores” en aquel episodio y en los fascículos de Historia del Ecuador de la autoría de Simón Espinosa; él menciona unos doscientos muertos y justifica la cifra. En nuestra opinión, no serían más de cincuenta muertos y el resto, heridos. ¿Razones? Predominaba el uso del sable y el tolete, mediante cargas para dispersar a los revoltosos; los disparos de fusil son poco probables, pues para lograr esa mortandad de “miles” se hubiesen requerido miles de balas que esas pequeñas guarniciones no disponían. Recomendamos leer “El noventa y tres” de Víctor Hugo sobre las guillotinas. Para concluir este “alegato” y antes de pasar a un tema conexo exponemos una lista de sinónimos que se deberían aplicar a la mención de “miles de muertos”: mito, mentira, patraña, redundancia, falsedad, bulo, embuste, engaño, falacia, cuento, chapuza y pleonasmo, hipérbole, anáfora y reduplicación… Hay una cosa cierta, la gente prefiere creer en las mentiras más que en las verdades científicas, es su condición humana. Y sobre aquello de que les abrieron los estómagos a los (miles de) cadáveres para que se hundieran en el río, el periodista de marras debe ser fanático de Freddy Krueger.

 Recordamos que en el colegio decía el profesor que “decepción” es un galicismo y que era mejor utilizar desilusión, para preservar la pureza del lenguaje. Sin embargo, cuando contemplamos llenos de frustración y enojo la amañada y ridícula actuación de la alcaldesa de Guayaquil creemos que ambas palabras se quedarían cortas. La primera impresión que tuvimos de ella como candidata presidencial fue positiva: una mujer entusiasta, diligente y con sinceros ánimos de servir; un poco después empezó a pelearse con el otro candidato de oposición, asunto criticable en razón de que en esas circunstancias lo inteligente hubiese sido formar un frente común en contra de Correa; en cualquier caso, su errada estrategia le llevó al tercer lugar. En su campaña para la Alcaldía de Guayaquil cosechó los laureles de su predecesor, pero en cuanto tuvo oportunidad de mostrarse de cuerpo entero resultó un grandísimo fiasco. Los medios de comunicación empezaron a registrar los nombramientos de la nueva autoridad: cargos gerenciales, aparentemente inútiles, y con latisueldos, en contraposición a la política de su predecesor que solía repetir que el éxito de su gestión consistía en haber utilizado un mínimo de burocracia administrativa a fin de poder destinar la mayor parte del presupuesto en obras para la ciudad; sobra decir que esta política de cuentas claras sumada a su vasta experiencia le convirtió en un buen candidato in pectore para ocupar la presidencia.

 ¿Qué sucede con la alcaldesa de Guayaquil? El entusiasmo inicial que parecía de buena fe se convirtió en un frenesí de atarantada, indigno de una autoridad de ese nivel. Ante las preguntas de los medios sobre aquellos nombramientos innecesarios se negó a dar explicaciones y de forma prepotente manifestó que seguiría haciéndolo. A propósito, ¿recuerdan las cuentas del Gran Capitán...? ¡Qué desfachatez con los dineros públicos, en pleno siglo XXI y en un país pobre atormentado por la epidemia! Afrentosa a más de alevosa es esta mujer; la típica política “carishina” que desarregla una cama bien tendida. Hay una expresión muy conocida en inglés: you have made your bed, now lie in it. Esto significa que lo que hiciste siempre te afectará, pero en este caso ella está socavando las estructuras de su partido, la “cama” del candidato. ¿Recuerdan la “regalada gana” de esos diablillos que tanto daño causaron a Guayaquil? Siniestro dogal que impedirá que esa ciudad supere el concepto de masas rusticas atormentadas en su desengaño. En español no hemos encontrado una palabra para describir la conducta de la alcaldesa como, por ejemplo, cuando impidió el aterrizaje del avión poniendo en riesgo no solo a la tripulación, sino a la ciudad que ella representa. Después de alguna búsqueda, la encontramos en inglés: ¡Crazy fool! Y exige más plata.

 “¿Con qué legitimidad?” es el título de un artículo publicado en un diario costeño. Y su autor critica a varias autoridades de este Gobierno, refiriéndose a la revuelta de octubre de 2019, con una expresión calumniosa: “Con las manos manchadas en sangre”. De lo que conocemos, mucha gente de Quito tiene sangre en el ojo y aquel intento salvaje de destruir esta ciudad creó tensiones que algún rato tendrán que aflorar. En un parque de Quito hay una escultura neoclásica elaborada por un discípulo del famoso Rodin. ¿Recuerdan “El Pensador” y “El Beso”? Esta joya tiene un nombre: “La Lucha Eterna”, y representa a dos titanes en mortal abrazo detenidos en el instante; aquella obra podría interpretarse como la lucha entre la civilización y la barbarie y se salvó “de milagro” de la desquiciada furia de aquellos delincuentes cavernarios que odian porque no entienden la herencia científica y cultural de la vieja Europa. ¿Saben quiénes tienen sangre en sus manos y fauces? Pues aquellos instigadores taimados que se atreven a criticar a la Fiscal General en estos delicados momentos. Al menos esos lambones de Correa y Maduro no lo ocultan. ¡Sinceros!

CARLOS DONOSO G. // Mayo de 2020